

Todas las fiestas del futuro cultura y juventud (s21)

Y aquí está la clave de todo: como los adultos jamás elevan los ojos hacia la grandeza y la plenitud de sentido, su experiencia se convierte en el evangelio de los filisteos y les hace portavoces de la trivialidad de la vida. Los adultos no conciben que haya algo más allá de la experiencia; que existan valores -inexperimentables- a los que nosotros nos entregamos.

Walter Benjamin, *Metafísica de la juventud*.

El hombre es un invento reciente -sugería Foucault. ¿Cuándo se ha inventado al joven? ¿Es un invento más reciente aún, de este mismo comienzo de milenio, es in-inventable, es la proyección de algo que todavía, y necesariamente siempre, seguirá y seguirá ... pendiente de inventar?

Podría ser: pero preferiría arriesgar una hipótesis genealógica más concreta, al menos por ahora: que el joven es -como *el hombre* lo fuera del Renacimiento y la Ilustración- un invento romántico. Ellos empezaron a pensar en serio, como horizontes primordiales del existir del hombre, la muerte, la poesía (*id est*: la música) y el deseo. Y ese entrecruce crucial es el joven. Werther es entonces el primer joven de la historia de la humanidad. La oleada de suicidios inspirados que siguió su aparición fue el primer movimiento juvenil europeo (joven es quien se muere a tiempo -de no haber dejado de serlo). A fecha de hoy, es Kurt Cobain el último joven de que se ha oído hablar. Demasiado anhelo de vida, demasiada pasión de sentido, de verdad. Demasiado deseo de que la vida propia lo tenga todo, se diga en todas partes, se encuentre con todos sus otros -y los habite, diseminada en ellos. Demasiada tensión de ser y una disposición cero a consolarse con las soluciones pactadas. ¿Otro que recuerdo ahora?: Ian Curtis, antes de que estrenen la ridícula película que de seguro preparan sobre su existencia. Jamás les harán justicia: un joven es una relación precisa e inexcrutable con su propia interioridad -algo que cualquiera como él es capaz de percibir, pero ninguna cámara podría jamás narrar.

#

Es cierto que la contemporaneidad más reciente -el filo del inicio del siglo 21- sitúa al joven en un lugar de inédita relevancia. Hay mucho que decir al respecto -es un indicador clave de las transformaciones de nuestra época- pero lo primero que urge es alejar este creciente protagonismo de la óptica que el más elemental análisis socio-económico se apresuraría a aportar. Sin duda el devenir central del joven como figura de época -y de la juvenil entonces como forma mayor de la cultura en nuestro tiempo- tiene que ver con el ascenso de la juvenil como clase consumidora pudiente -y ello con un estado opulento de las sociedades del capitalismo del ocio que lo permite, por tanto. Sin que ese análisis deje de ser cierto, por supuesto, es necesario afinar la perspectiva. La indiscutida centralidad de la mirada joven sobre el mundo actual hunde su raíz principal en algo mucho más profundo e interesante: en el derrumbamiento generalizado de las certidumbres, en un trastorno tectónico de todos los cimientos que pretendían una comprensión global del mundo. Sin ella, todos jóvenes -es decir: todos desarmados frente a la comprensión de nuestro existir, todos a la intemperie de la vida, todos con todo por inventar. Y sólo ellos, por tanto, en su papel -el resto, fuera de lugar, incómodos, desplazados, condenados al sinsentido del jubileo anticipado o al patetismo del *lifting cultural*, de ser el que no se es.

Pero no hagamos de ese desplazamiento cuestión -no se trata de hablar de nosotros con respecto a ellos. Se trata de eludir cualquier paternalismo, cualquier posición de subrepticio desdén (incluso el del sobreelogio). Se trata de admitir, sin concesiones ni paliativos, la evidente superioridad de la cultura joven. Pero esto es casi un pleonasma: en realidad, hoy, digámoslo de una vez, sólo la joven es, auténticamente, cultura.

#

Una afirmación semejante exige, inmediatamente, argumentos. Me explicaré: quiero decir que los términos en que el sentido de la cultura está redefiniéndose hoy hace que efectivamente esa noción tienda a dejar de ser predicable de territorios, dominios, prácticas, inventarios disciplinares, vocabularios expresivos, sedimentos cognitivos, ... zonas varias que antes sí, con fundamento, llamábamos "cultura". Si hablamos de operativos complejos eficaces para habitar el

mundo, hay que decir que restan muy pocos -y que ellos se elevan en lugares que antes solo con condescendencia eran considerados culturales (habitualmente se les calificaba de subculturas). Asistimos ahora, en cambio, a una rebelión de esos programas menores, periferizados, en pleno asalto ahora de las Bastillas del (supuesto) saber. Se terminó esa principalidad de la cultura anciana, patrimonial, basada en la experiencia, la memoria y el asentamiento sedimental de lo ya sabido: ella carece de respuestas frente al mundo que tenemos, frente al que se viene encima. No es que la juvenil posea respuestas. Es que en ese carecer de alguna -ella se siente cómoda, en su sitio. Es el mundo -en su refractaria inasequibilidad contemporánea- el que se ha hecho insultantemente joven, irresuelto, y toda la demanda que eso arroja señala al único sector de la población que no ha perdido la capacidad de ser sí mismo -en medio de esa devastación (de la inteligencia, de la capacidad de comprender). Como se dijo hace algún tiempo del surrealismo, puede ahora decirse de la cultura de juventud: ella representa la última instantánea de la inteligencia en el mundo.

#

He aquí por qué no me gusta hablar de adolescencia: porque ella se pretende determinar alrededor de un *no tener*, de un *no ser aún*; de una carencia, (por un adolecer). Pero ese es un supuesto falso, definido desde la posición que ocupa el que cree que ha llegado a colmarla, a dejarla atrás. Y eso es erróneo: el adolescente no se define en la falta, en la incompletud, siquiera en el interín de una transición -sino en la grandiosidad de una visión excesiva. Es él el que comprende en toda su profundidad la existencia, es él el que intuye en toda su demanda la dimensión de desafío que nombra el ser humanidad. El posterior acceder a una maduración del entendimiento -no es otra cosa que una indignante sucesión deplorable de claudicaciones -el *aprendizaje de la decepción*. Nombrémosle entonces con ese otro título más noble -y doloroso para todo el que, conociendo su heráldica, palidece de envidia por haberlo ya perdido. *Joven*.

#

La totalidad de la juventud puede construirse alrededor de una sola imagen, de una única frase en una canción. Es el mundo completo concentrado en un punto complejo, que se carga de cuestión, que interpela al sistema en su totalidad. Puede que "mi mundo" (me gusta sonar wittgensteiniano) dudara en construirse alrededor de las imágenes en blanco y negro de los estudiantes lanzando piedras en las calles parisinas, alrededor de la joven embarazada que cantaba lo de las flores en el pelo en la película de Monterrey Pop, alrededor de la imagen extraviada de Neil Young en un picaporte de la portada interior de Harvest, en la presión que Lennon ejercía sus auriculares para encontrar el tono en que mantener, una y otra vez, *all you need is love* -qué importa. Puedo imaginarme igualmente una juventud construida alrededor de la imagen de un avión reventando una de las torres del WTC: no importa el objeto en sí mismo, el signo: sino el hecho de que en un punto dado el mundo entero se pliega sobre su corazón para hacerse inexcusable, para convertirse en sumario enigma. Si se lograra responder la (no)pregunta que ella contiene, si se lograra desentrañar el imaginario identificativo que allí se postula, entonces el interrogante de quién es uno mismo se iluminaría. Un mundo, el mundo, ese escalofriante desplegarse del tiempo en la punta siempre desplazada, siempre en fuga, que dibuja el filo huidizo del presente.

Toda juventud nombra esa terrible verdad: que la única densidad del mundo está siempre por venir (y si se expresa en algún lugar lo hace únicamente como contraluz de lo no dicho -que el sumatorio innumerable de lo que hay arroja como incógnita, como enigma -como plus indecidedo, como clinamen, como dirección de caída, como momento de fuerza de un sistema *en equilibrio inestable*). Que no hay real *saber del mundo* -allí donde se mire hacia otro lugar que hacia delante, como lo hacía Rimbaud, el vidente.

A causa de ello, y no solo potencialmente, todo joven es *el* mesías -una promesa viva de que el mundo está siendo salvado, ha sido salvado en él, será siempre salvado en sus infinitos avatares posibles -a cada instante.

#

Está en curso una transformación del sentido de la cultura en las sociedades actuales que hace que todo su antiguo significado pasadista se desvanezca en el aire. Podríamos describirlo como el devenir RAM de la cultura actual.

Hasta tiempos muy recientes, en efecto, el sentido de la cultura era la construcción de memorias de archivo, dispositivos ROM -memorias accesibles de lectura- que permitieran la

salvaguada del pasado, su sedimentarse como envío hacia nuestro presente. La cultura era primordialmente *mnemosyne*, fuerza de recuerdo, esa disposición básica que hacía que todas nuestras realizaciones pudieran leerse como el trabajo de "enanos a hombros de gigantes". La cultura era el instrumento activo de esa presencia recurrente de los antepasados: era la fuerza de la tradición, su peso inercial proyectado en la construcción del presente.

Pero las nuevas culturas son únicamente dispositivos RAM, memorias de proceso -no sedimentales, no de archivo -no de reproducción. Cada vez la necesidad del archivo es menor, toda la información se encuentra en línea, es meramente operativa, horizontal. Todo dato relevante está activo en la propia mecánica operacional, en la programación que procesa. No hay tradición, no hay memoria -salvo la propia memoria activada de trabajo, de proceso. Y ella es una memoria sin imagen, una mera disposición lingüística, performacional, una especie de arquitectura espasmódica de unos y ceros, de síes y noes, que juega en todo momento su *influenza* inmediata. La fuerza que la mueve no es el recuerdo, la tensión de repetición de lo ya conocido. No hay figuras que la contengan -la tradición ya no es operativa, como fuerza genésica. Los nuevos signos se alumbran a sí mismos sin el recurso a cualesquiera formas ya conocidas, ni siquiera configuradas. La repetición de lo idéntico ya no es la estructura profunda de la forma de nuestra cultura -por fin comparece en la historia de la humanidad un modo de cultura que no trabaja bajo las figuras de la tradición, de la re-presentación, de la repetición de lo idéntico. En realidad, la idea de post-historia arraiga aquí con toda su fuerza. Hay una cultura naciente que no se constituye como instrumento de *reproducción de la vida* -de sus mundos y modos. Sino, pura y simplemente, como dispositivo de *producción*, como máquina efectiva de construcción activa de mundos de vida *nuevos*, inéditos. Para el futuro de la humanidad, todo está por construir. Podemos decirlo de dos formas: que la humanidad ingresa en un estadio posthistórico -o que nuestra cultura se está convirtiendo ineluctable y fulminantemente en herramienta ciega de habitación compulsivamente *joven* de la tierra. En dispositivo y memoria de proceso con grado cero de acceso a figuras estabilizadas que condicionen desde el pasado las formas de lo actual con alguna *compulsión de repetición*.

#

Esta característica -que hace de la producción el trabajo ciego de una maquinótica puramente intuitiva, carente de toda guía, de toda necesidad imitativa-reproductiva-repetitiva- otorga al joven un poder excepcional. Como el ICS -entendido como máquina no figural y puramente productiva- él sabe habérselas con esos estados puramente tensionales, definidos como abstractos juegos de fuerzas. Por eso, en realidad, el mundo de joven se relaciona siempre mal con la producción de imágenes -y lo hace en cambio con toda ventaja frente a operativos como la música, estrictamente abstractos, pasionales, geometrías puras del deseo que solo configuran una tensión de sentido en estado de suspensión levitada antes de aterrizar en formaciones identificables cualesquiera ... (imágenes: lo figural en su relación con lo repetible).

Ese estado siempre desvaneciente -suspensión- de los imaginarios con que comparecen los músicos más puros: Joy Division, Suede, RadioHead, Muse ... Toda música genuina resiste a lo figural, rechaza ser fijada. Y toda imagen es estado fijado, arquitectura congelada, grafo, signo. Mientras que toda música es una mera dirección de caída, más un evento -un "aconteciendo"- que un estado ...

Ecuación: que como la cultura deviene RAM (dibujo abstracto sin dispositivo de archivación), la historia de la humanidad cae en manos de la juventud (y se perfila como construcción de futuro, nunca más como reproducción de pasado). Corolario: que los nuevos imaginarios encuentran en las arquitecturas tensionales abstractas (la musical o la afectiva como modelos) sus geometrías -cayendo en cambio en desuso los potenciales de lo figural (la repetición, la fijación de los signos en esquemas de identidad).

#

Todas las contemporáneas ingenierías del *_self* (las tecnologías del cuerpo, la biogenética, las multiplicadas posibilidades de la cirugía estética, toda la industria del aspecto, la moda, la cosmetología, las bioquímicas y las ciberdelias) están creando un territorio de juventud expandido. Los estudios de demografía contemporáneos postulan un envejecimiento creciente de la población en las sociedades más avanzadas. Sin embargo esa tesis, que en términos absolutos (de edad media de la población) es irrefutable, no tiene en cuenta la ampliación del espacio definible como "juventud". En primer lugar, está el territorio que poco a poco la juventud le arranca -en una

operación mefistofélica, mediante la que se gana "tiempo", a cambio de "alma", identidad constituida- a la madurez, a la vejez. La expectativa de vida media en las nuevas sociedades se amplía constantemente, pero lo hace acompañada de demandas de calidad -que suponen no una prolongación del tramo de madurez, y mucho menos el de ancianidad, sino del de juventud. Incluso la nueva tercera edad es concebida (por todas las industrias del sujeto, el turismo cultural, la ingeniería de la experiencia) como segunda juventud -ni siquiera como madurez prolongada. A nadie le interesa retrasar la edad de jubilación, sino al contrario, precipitarla y acceder cuanto antes a ese estado de privilegiada segunda juventud en que se constituye la nueva tercera edad. Es el estado de "madurez", de responsabilidad, el que tiende a indefectiblemente acortarse, en beneficio de estados de juventud expandidos, que se ponen a sí mismos como posibilidad en cualquier momento de la vida del sujeto, cualquiera sea la hora en sus relojes biológicos: también aquí (como en cuanto al sexo o la definición del género) la biología deja de ser un condicionante absoluto. Los territorios de definición de la experiencia son virtuales y pertenecen por entero al orden de lo simbólico -al cruce y la negociación que lo imaginario es capaz de mantener con ese, cada vez más desvanecido, registro que llamaríamos ... lo *real*.

#

También por el otro lado -quiero decir, por el lado de la infancia/adolescencia- se prolonga el periodo de juventud. Digamos que se accede a ella -antes. El dominio de la infancia es cada vez más corto: los relatos formativos y la relación con modos de comprensión del mundo que caracterizan a la infancia se suspenden antes. La época de los cuentos infantiles deja rápidamente paso a una relación con producciones discursivas y prácticas (deporte, sexualización creciente de los imaginarios, cultura del ocio temprana, de la música para adolescentes e incluso preadolescentes, clubs *light*...) que podemos identificar como de juventud -el niño y el adolescente son rápidamente invocados por una cultura que está omnipresente, en todos los escaparates, que hace permanente presencia (la cultura *nike*, digamos). Sus imaginarios de identificación son apresuradamente juveniles: difícilmente un niño de ocho años negocia todavía ecuaciones de reconocimiento en la oferta del Disney Channel o Cartoon Networks: sus imaginarios de identificación los encuentra en teleseries de adolescentes curtidos o toda la subcultura de la consola, de Lara Croft a Final Fantasy (con imaginarios que se corresponden más con una cultura de juventud, sexualizada en sentidos muy explícitos, que con la narración fabulada de modelos morales del mundo). Cada vez más, cada vez antes, el niño-adolescente es un sujeto invocado a reconocerse atravesado por las tensiones que definen la existencia como interrogación, como enigma, bajo una compulsión irrenunciable de autenticidad, de sentido -*como joven*.

#

Pero detrás y alrededor y por encima de todo ello, hay una expansión definitiva del territorio de juventud, y que concierne a la totalidad de la vida psíquica contemporánea: el hecho de que los nuevos sujetos de conocimiento y experiencia se constituyen como mecanismos lábiles, inestables, incapaces de ostentar un grado de consistencia en sí mismos (un nivel de recursividad) elevado. El nuevo sujeto se encuentra continuamente sometido a una infinidad de movilidades (movilidades territoriales, físicas, sociales, económicas, de clase y creencias, afectivas ...) que le dificultan enormemente consolidarse como una identidad estable. Las viejas Mega-máquinas de producción de socialidad -Estado, Tierra, Patria, Religión, Familia, ...- que tradicionalmente asumían el encargo de producir al sujeto en un contexto de identificación sólido, se derrumban como viejos dinosaurios de otro tiempo, viendo su papel desplazado y suplantado por nuevas maquinarias micro, generadoras de efectos de identidad puramente provisoria y continuamente revisada, o por mecanismos de identificación -logos, industrias del imaginario colectivo- banales, inestables. Eso convierte a las nuestras en "sociedades de riesgo" al decir de Ulrich Beck, sociedades de la inseguridad en las que el sujeto carece de estructuras firmes y estables que soporten su existencia, enfrentando de continuo el desafío de su construcción permanente. Bajo esa perspectiva, el del joven se convierte en el modo de ser paradigmático del sujeto contemporáneo. Como respuesta a sus demandas, emerge y crece imparablemente una nueva industria orientada justamente a proporcionarle al sujeto esos instrumentos de autoconstrucción, toda una industria de la subjetividad, del espíritu, cuya tarea se define en el orden del trabajo inmaterial -la producción de sentido y pasión, de efectos de significado y deseo- del trabajo afectivo e intelectual -que define el nuevo estatuto del capitalismo avanzado en los términos de un capitalismo cultural.

Pues es en efecto la producción cultural la que asume todas las responsabilidades en cuanto

a los procesos de subjetivación, de producción de identidad y su inscripción en contextos colectivos, de comunidad. Ese papel y creciente protagonismo adquirido por las industrias culturales -en su fusión imparable con las del entretenimiento y el ocio- politiza radicalmente sus espacios, haciendo buena la convicción de Negri según la cual la nueva tarea política se plantea alrededor de un escenario principal: el de la reproducción social, de los mundos de vida. Si el joven (entendido como sujeto sometido al proceso de su autoproducción) se convierte bajo esta perspectiva no sólo en nuevo protagonista de la historia, sino también en único sujeto potencialmente revolucionario, podemos también afirmar que las prácticas artísticas -como dispositivos de construcción crítica de subjetividad y socialidad, de experiencia y comunidad- se constituyen en su más importante instrumento, en la más efectiva (cuando menos potencialmente) de las armas revolucionarias imaginables.

#

En silogismo deductivo:

A) Que el emerger del capitalismo cultural dinamita las viejas fortalezas constitutivas de argumentos fuertes de identidad. *Ergo*, las sociedades contemporáneas se constituyen como sociedades de riesgo, para las que todo *devenir sujeto* es un trabajo -justamente el trabajo de devenir, de llegar a serlo. *Ergo*, que el joven se alza como paradigma de todo modo de ser contemporáneo del sujeto -ya que él es justamente el que es "*no siendo*".

B) Que ese mismo emerger del capitalismo cultural desplaza los potenciales (y las responsabilidades) de construcción de identidad hacia las industrias culturales. *Ergo*, que el arte se ve recargado con una nueva responsabilidad política definida alrededor del trabajo inmaterial -la producción de deseo y concepto, de significado y emotividad-: construir dispositivos de comunidad y experiencia que posibiliten la inscripción y la crítica del efecto de construcción de identidad inducido por la eficacia de las nuevas, y crecientemente asentadas, industrias de la subjetividad.

#

Retruécano con que un *artista joven* participó en una Muestra de Arte Joven, hace algunos años: "No soy artista, y mucho menos joven".

Hoy, y sin negarle agudeza al aforismo, podríamos afirmar con toda seriedad su reverso: sólo puede serse artista si se es joven (Joyce en la intuición). Y por inversión, también verdadera: sólo puede serse joven, si se es artista.

#

Convendría alejar cualquier identificación fácil entre juventud y banalidad -de hecho, esa es la razón por la que no comparto utilizar el término "subculturas juveniles". Sin duda las industrias del ocio y el entretenimiento y el consumo cultural encuentran en el público juvenil un sector fácil (en tanto su demanda de devenir es candente): pero la relación del joven con sus objetos es cualquier cosa menos superficial. Al contrario, su demanda sobre ellos excede cualquier disposición a la complacencia -es más bien el estadio adulto el que se constituye alrededor de una claudicación, de una aceptación a organizar su existencia bajo su imperio (un imperio trivial). Tiene razón por tanto Benjamin al situar el estatuto de la juventud en relación a la expectativa de plenitud de sentido, en relación a una grandeza incomparada de los valores, en el rechazo de la trivialidad de la experiencia. En última instancia, es el adulto el que se conforma con *el mundo que hay* -en su extrema insuficiencia. Por contra, el joven proyecta una exigencia siempre mayor, definida a n+1, inconformable. Su horizonte se construye justamente en la percepción de la infinitud de lo posible -y su aproximación al efecto concreto (el objeto concreto, el sujeto concreto, la persona, la vida elegida, el mundo habitado, el singular elegido) proyecta esa expectativa de reconocer en ello la presencia de la serie, del infinito virtual al que pertenece, del universo en el que encuentra su sentido, y que a través de cada singularidad específica *se expresa* ...

#

Tres escenarios -para terminar- en los que esta proyección del virtual infinito de lo posible en el singular concreto se especifica, se encarna -como escenarios característicos de la vida de la juventud, de su cultura propia: el rostro (como dimensión cuerpo del nombre propio), la experiencia amorosa y la fiesta, como escena de la comunidad.

El primero, el rostro -no hay escenario tan escrutado en el arte contemporáneo que mira a la juventud. Esa mirada plana y frontal -característica tanto de aquellas primeras fotografías-

fotomatón de Thomas Ruff, como de las más recientes de Rineke Dijkstra- muestra al joven enfrentado al escenario de una identidad no alcanzada, sometida a la enorme tensión de un mundo en el que todos los argumentos de expresión diferencial estabilizada han sido barridos, bajo la presente *orientación de la realidad a las masas*. Esos rostros jóvenes son momentos de oscilación entre la inexpresividad absoluta del *aún-no-haber-llegado-a-ser* uno, sometidos todos al extravío en la muchedumbre muda de la masa, y la vocación de serlos todos, la pasión de ser un absoluto, la serie. El momento del rostro joven es el de la carencia de rasgos, de gesto propio, es el cero de afirmación. Pero ese cero -que dice carencia de nombre propio- es al mismo tiempo tensión de virtualidad, reconocimiento en la serie: no ser nadie y ser el cualsea sin nombre, la afirmación de la serie completa en el cero. Ese rostro vacío es a la vez cualquier rostro posible: todas las posibilidades de la *apariencia producida* (el maquillaje, el corte de pelo, tatuajes y pearing, etc) acaecen como perfectamente asumidas, posibles. El rostro es un laboratorio de experimentaciones abierto, todo gesto, toda modulación del aspecto, comparece como una posibilidad (entre otras muchas): el rasgo no es todavía memoria encarnada del gesto, no es sedimentación, sino tensión de futuro, recorrido de la singularidad por el espacio múltiple que la inscribe, pasión de multiplicidad. El rostro del joven no es afirmación cerrada, sino anuncio de posibilidades, trazado de la identidad que especula su proyecto en las señas de la diferencia, afirmación de la multiplicidad indeclinada en el escrutarse del yo como dominio también del otro, de todos los otros -allí donde la voz "legión", y a la vez "nadie", dice su nombre propio como nombre de comunidad, el único que conviene a ese estadio embriagado del sujeto que se pierde en el reconocimiento de su propia contingencia, en la experiencia inquietante de su propia innecesidad -y, negándose a construir contra ella parapetos y certezas falsificadoras, mira de frente al abismo en que (su propia aventura) se anega y profundiza, como misterio, como promesa, como enigma.

#

Segundo escenario, por excelencia suyo, del joven: el escenario del deseo, el de la pasión amorosa. Para el joven ése es el escenario definitorio, propio: en él mide todas sus fuerzas y siente todos los reclamos. La construcción de su economía de afectos pone en juego la arquitectura singularizada que organiza su modo particular de recorrer todos los órdenes de lo simbólico, las negociaciones de lo real con los potenciales de su imaginario. Es un territorio en el que, de nuevo, el joven se mueve a placer, justamente porque se trata de una economía abstracta, que trabaja sobre variables, operadores mudos y ecuaciones virtuales. Lo singularísimo vuelve aquí a encontrarse con la ecuación universal, con la figura tectónica. El esquema articulador del deseo, las leyes que regulan y administran su regulación, chocan con una percepción que intuye la dimensión ilimitada de la estructura: ninguna constricción es vivida sino como imposición despótica digna de todo el desprecio, de toda rebeldía y de un ejercicio transgresor sin límites. La universalidad que alienta en esa intuición de lo ilimitado -*new skin for the old ceremony*- reclama la travesía de la transgresión: cualquier ley figurada choca con ese momento puramente tensional que define su apasionado estado -no ya su amor, sino su deseo de amar/y ser amado. Ninguna figura precisa colma ese requerimiento, sino como expresión y momento de la serie. El amado, la amada, es siempre la totalidad de los objetos del deseo que aparecen al otro lado de la imposición de la norma edípica, de la triangulación que somete el deseo al imperio de la repetición ("*many loved before us/ i know that we're not new ...*", canta Cohen). Atraído por el abismo de la posibilidad infinita el joven ama en cada una de sus elecciones también todas las otras, todas las no realizadas. Es eso, precisamente, lo que en primer lugar hace de su aventura un episodio tan inolvidable, un trance de embriaguez tan exquisito. Pero también lo que perfila como un dios amante -nadie objeto de ese deseo que se proyecta sobre la serie infinita puede resistir su tentación, pese al indelimitable riesgo que comporta- al joven que sabe entregarse a esa dulzura incomparable.

#

Tercer y último escenario: la fiesta -ese lugar en el que la construcción de la experiencia se cumple por inmersión indiferenciada en lo colectivo, en la comunidad -en esa comunidad perfecta y contingente que se abraza y disemina para siempre en el momento infinito de una noche -la noche más perfecta de nuestras vidas, de todas las vidas. La perfecta singularidad irrepetible de esa fiesta -compartida con nuestros similares, con esos otros con que, en su extrema e idéntica a la nuestra contingencia, nos reconocemos- merece y reclama, como la canción del embriagado Zaratustra, eternidad, perfecta y absoluta eternidad. La eternidad de un tiempo pleno que se expande en la lograda conquista de un único y perfecto tiempo-ahora, de un instante que para

siempre ya se ha convertido en eterno -en su extrema efimeridad. Una eternidad colmada con haber sido una vez, si lo ha sido intensamente. Si hemos estado en aquellas fiestas, sí, estamos invitados (por Nico, cantando todavía con la Velvet) a todas las del futuro. Su tiempo es el de todos nosotros, en esa enigmática forma de la *comunidad que viene* cuya construcción, se ha dicho, sería en efecto la tarea política de nuestra generación. Y qué podría decirles: apasiona ver el modo lúcido en que ella, de espaldas a un mundo de cegueras tan ostensibles, es enfrentada, día a día, por quienes sólo hacia delante miran, por quienes todo el futuro poseen, por aquellos para quienes el significado de la cultura no es otro que el de la expresión de esa tensión incandescente hacia un orden tan ineludible de valores, anhelos y expectativas que sólo el intuirlo hace saltar nuestras lágrimas por el recuerdo de lo que -quizás hace tiempo, quizás todavía- amamos llegar a ser y la potencia con que radicalmente nos negamos -entonces y quizás para siempre- a conformarnos ... con siquiera un ápice menos.